

á los que á tí gimiendo suspiramos,
haciendo rebosar los corazones
el suave aceite de tus santos dones.

¡Oh resplandor del cielo,
océano de grandeza desmedida!
Ven á nuestro consuelo,
benigna sana mi mortal herida,
y con tus dulces pechos virginales
alivia mi aflicción, cura mis males.

JOSE AGUSTIN DE CASTRO

De D. José Agustín de Castro (á quien no debe confundirse con el jesuita veracruzano Agustín Castro, 1728-1790) apenas hay otras noticias que las bibliográficas. Se sabe, principalmente por Beristáin, que era michoacano, que fué notario de la curia eclesiástica de Michoacán y después notario mayor y público del Tribunal de Justicia y de la Vicaría general del Obispado de Puebla. Por sus obras impresas se colige que hacia 1786 vivía en Valladolid de Michoacán (Morelia); que de 1791 á 1797 vivía en Puebla, y que probablemente hacia 1809 se hallaba en México, adonde debió de pasar con nuevo cargo.

Colabora, aunque no con frecuencia, en la *Gaceta* y el *Diario de México*, publicando, dice el mismo Beristáin, «con su nombre, sin su nombre y con el de otro.» Además de las obras impresas, el citado bibliógrafo menciona como manuscritos suyos una *Vida de San Luis Gonzaga*, en verso, y un volumen de *Poemas profanas*.

BIBLIOGRAFÍA.

El triunfo del silencio, Canción heroica á San Juan Nepomuceno. México, 1786; imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros. (Existe en la Biblioteca Nacional de México, pág. 263 del catálogo de la Octava división).

Sentimientos de la América, por la muerte del Virrey Conde de Gálvez. México, 1786 (según Beristáin).

Acto de Contrición. Poema místico. Puebla, 1791; imprenta de

Pedro de la Rosa. (Existe en la Biblioteca Nacional, pág. 263 del catálogo de la Octava división).

Gratitudes de un ejercitante á las misericordias de Dios. Canto místico. Puebla. 1793 (Según Beristáin).

Miscelánea de poesías sagradas y humanas. Tomo I, Poesías sagradas. Tomo II, Poesías humanas. Ambos, Puebla, 1797; imprenta de Pedro de la Rosa. Tomo III, Poesías sagradas, México, 1809; imprenta de Arizpe. (En esta colección se incluyen, junto con gran número de poesías breves, *loas* religiosas y tres *autos sagrados*; *Vidas*, en verso, de San Agustín, de San Francisco de Asís y de San Luis Gonzaga: esta última es quizá la que Beristáin mencionaba como inédita; versiones de poesía latina, especialmente de Horacio; dos breves piezas teatrales, intituladas: *Los remendones* y *El charro* y *Exhortación privada á una novicia*).

P. H. U.

EXHORTACION PRIVADA A UNA NOVICIA

Tan grandes son en V., hermana mía, los deseos de que llegue el suspirado día de profesar en el claustro santo que ha elegido para vivir unida con Dios, cuanto cortas en mí las luces para alumbrarla, como intenta, las ventajas de su designio.

Al paso que crecen en V. los propósitos de radicarlo, desmayan en mí los alientos de persuadirlo. La empresa vista, respecto de V., no puede ser más laudable; atendida en mí, no puede ser más reprehensible.

Porque querer V. exprimir por el conducto de mi pluma los impulsos de su vocación religiosa; el mismo glorioso anhelo de hacer visible una conquista meditada, cedería en arrojamiento de un vuelo inadvertido, que avanzaba tal vez á una materia tan sublime.

Sin embargo: á pesar de la crítica á que me expongo con los censores del siglo, haré desde luego el sacrificio de escribir lo que alcanzo en el asunto, para dar á V. un fiel testimonio de la sinceridad con que me dedico á servirla.

Numerada V. en ese Coro de Vírgenes, que velan con las lámparas encendidas para entrar con el Esposo en la sala de las nupcias, que no se descuidan como las cinco necias, que, por no haberse proveído bien del óleo necesario, se acreditaron de imprudentes, vincula todo su conato en clausurar el desposorio, y, elevando el espíritu hacia Dios, como único reposo de sus ansias, clama con la Esposa enardecida: «Venid, Señor, venid; no me tengáis en la expectación y deseo de vuestra unión.» (1)

[1] Apoc. 2, 17.

¡Ah! ¡Cuántos suspiros envía V. por mensajeros al Cielo, animados con los transportes del amor, para que acabe de llegar el dulcísimo tiempo de esta alianza! ¡Cómo zozobra entre felices inquietudes ese corazón palpitante, hasta unirse con Jesucristo por medio de la profesión religiosa! ¡Cómo gradúa V. de perezosos los instantes que restan para la verificación de este enlace!

V. lo sabe bien; mas antes que tratemos de las cualidades que requiere, necesitamos elevar las ideas, remontar los pensamientos y desprendernos totalmente de la carne y de la sangre.

Aquel Dios de bondad, que eligió el seno inmaculado de una Virgen para lecho nupcial, donde unirse á la humana naturaleza, quiso que precediesen á su venida las sombras de la antigua Ley, como admirables prevenciones de su alianza. Así lo anunciaban los Profetas describiendo á las Almas la hermosura, grandeza y bienes que les preparaba el celestial Esposo.

Los Apóstoles lo predicaban, manifestando las vivas ansias que tenía de unirse á las Almas que creyesen su palabra y recibiesen su Evangelio, como contrato de estas bodas. Y los Ministros sucesores de los Apóstoles en este oficio, solicitan, mediante las verdades santas que anuncian, la unión con Jesucristo, para que, entregándole el corazón, imprima en él sus Leyes, como prometió á la casa de Israel. (1)

Todos somos llamados á esta unión; pero las Virgenes que se consagran al Señor son Esposas suyas de un modo más perfecto que el resto de los fieles. ¡Ah! ¡Con cuánta fidelidad, luego que se unen al Esposo, y son un mismo espíritu con él, (2) deben abrazar su Cruz y su Evangelio, en desempeño de las promesas que le han hecho al pie de los Altares, de que han sido testigos los Cielos y la Tierra!

[1] Ab. Heb., 8. 10.

[2] Ad Cor., 17. y ad Efes., 5.

De nada serviría el sacrificio de una libertad moribunda, el abandono de los bienes terrenos, ni el desprecio de las conexiones del siglo, si, al entrar en los caminos de la piedad, se practicasen con tibieza los ejercicios de la virtud.

Las Esposas verdaderas de Jesucristo, á impulso del fervor que las agita, corren sin negligencia á la Oración en busca de conversación con el amado, vuelan á la circunferencia de las Aras, hambrientas de aquel pan que desean comer los Serafines, y entran gozosas en la mortificación y penitencia, con ansia de imitar la pasión del Crucificado.

¡Dichosas las Almas que se encierran en la clausura, para poseer dulcemente al divino objeto de su amor! ¡Cuántas veces, en solicitud de este consuelo, desmienten el espacio de la noche, interrumpiendo al sueño los minutos! ¡Oh, cuántas, sin permitir al cuerpo este descanso, lo saben aparentar los arrobos!

En la clausura se consagra el corazón al Esposo, libre de ajenos incentivos que puedan separarlo de las Aras ó entibiar el fuego de la víctima: en el mundo se intenta sacrificar á Dios la misma ofrenda, y apenas arde sobre el altar, cuando se advierten las vicisitudes de la llama hacia otros simulacros mentidos.

En la clausura recibe Dios el corazón entero, porque el aire del siglo no osa llegar hasta la hoguera del voto: en el mundo se le consagra diminuto; mas queda sin aceptación el holocausto. (1) En la clausura, como depósito santo de la soledad y del silencio, habla Dios al corazón recogido que subordina las pasiones: (2) en el mundo donde solo se oye el grito tumultuante de éstas, inductivo de la ira, de la hostilidad, de la venganza, no se perciben las voces que da el Señor para llamarlo.

¡Ah! ¡Si sintiese yo robustez en la pluma para sos-

[1.] Ad Cor. 7. 33.

[2.] Osæ. 2. 14.

tener el peso de los tiempos! ¡Cómo delinearía en el fondo del corazón de V. un plan extensivo de los desórdenes del mundo desde sus primeras edades! Y aunque hiciesen los ojos el costo de las lágrimas al recorrer tanto infortunio, vería V., en la una parte de la circunferencia de aquel círculo, demarcado el fratricidio alevoso de Caín, por efecto de regir la protervidad dominante despótica del hombre.

En el diámetro: desolada la tierra con el diluvio universal, y sumergidas en el seno de tantos mares las ofensas del Dios justiciero. En la otra parte: que propagada la estirpe desierta por Cam, Sem, y Jafet, hijos de Noé, se numeran los insultos del primero por la suma de su posteridad. En aquella planicie: fabricando la torre de Babel bajo el imperio de Nembrod, y á éste, tenazmente ambicioso, atando á su dominio la libertad de las gentes. En ésta: zanjando cimientos los Idólatras para construcción de los Templos donde dar culto á sus Deidades.

En aquel cabo vería usted á los hombres gobernados por Zoroastro y por Nino acrecer de modo el bulo á sus excesos, que hasta hoy humean las cenizas de la Pentápolis. En éste: después de la ojeriza de Esaú contra Jacob, la perfidia con que Leví y Simeón tiranizan á todos los moradores de Siquén.

En aquel País: la conspiración contra José. En este: la esclavitud de los Egipcios. En aquel otro: la serie de crueldades que inventa Abimelec. En éste: confederada inicua la parcialidad de Absalón para destronar á David. En aquel Reino: dividido ya el Pueblo de Israel á Salmanazar, hostilizándolo al verlo poseído de los delitos más enormes. En éste: solo cinco individuos de Judá aprestados á su socorro.

En aquella península: á los Asirios triunfantes de esta Tribu. En ésta: assolada la misma por los Caldeos. Allí: declarada la guerra más sangrienta contra Hircano, y al mismo tiempo á Roma apoderada de

aquel Reino, valida de los armamentos de Pompeyo. Aquí: coronado en la Palestina el cruel Ascalonita. En aquella línea: la multitud de tiranos que en la época del Cristianismo hacen se tiñan los ecúleos con la sangre de tantos mártires. En ésta... mas queden aquí las demarcaciones del mapa, para recobro de la pluma en prosecución de la idea.

Ya usted, Señora mía, prófuga de los escollos del mundo y guiada de lumbre superior, logró pasar de los humbrales del Santuario, é incorporarse en la hermosa porción del rebaño virginal, donde sigue haciendo las pruebas de su religiosa vocación. El altar para el sacrificio está dispuesto, la unión con Jesucristo preparada, y V. en espera de que llegue el día del desposorio.

¡Y qué! ¿No será más que parecer ante el divino Esposo deseosa de la unción de sus caricias, sin aspirar á perfeccionarse en el estado? ¿Bastaría, por ventura, haberse impuesto V. durante el año de su aprobación, en las reglas del instituto, sin ánimo recto de prestar á sus deberes la más religiosa observancia? ¿Se llenarían, acaso, las obligaciones del claustro, sin proponerse la guarda exacta de los evangélicos consejos? No por cierto; pues de su puntual observancia depende que V. se forme una Religiosa perfecta.

Entonces sí que gozan las Esposas de Jesucristo una vida toda dulzura espiritual (1) y se hacen acreedoras al tesoro de sus promesas. (2) Entonces sí que se preparan á ceñir en el Cielo la brillante corona de un premio ventajoso que les aguarda en la eternidad, por haber guardado, á más de los mandamientos de Dios, los consejos del Evangelio. (3)

Este es el estado de perfección que profesa toda persona religiosa, ésta la merced con que las distin-

[1.] Prover. 3. 21. Ps. 118. 103.

[2.] Math. 19. 21.

[3.] Exod. 25. 25.

que el Señor, no solo en haberlas sacado de las tinieblas á la luz admirable de su fé, como á todos los demás Cristianos, (1) sino en hacerlas grandes en el Cielo, para lo cual las llamó primero á la nimia observancia de las constituciones monacales.

¿Nimia observancia? Sí, nimia y prolija debe ser; porque la que aspira á ser perfecta Religiosa, no debe prescindir de las cosas más pequeñas, aunque parezcan de ningún momento, siempre que las prescriba el instituto; que quien es infiel en lo poco, lo será también en lo mucho, y la pronta observancia aun al menor precepto, prepara el ánimo para cumplir con los mayores. (2)

En efecto, cuanto más fiel y diligente sea la esposa en la observancia de los mandatos más ligeros, tanto más se proporciona á la renumeración prometida cuando entrare en el gozo del Señor, (3) cuyo premio será superabundante. (4) ¡Feliz pobreza! ¡Laudable castidad! ¡Inexcusable obediencia! Vamos por partes.

Para que V. metodice su vida al voto de Pobreza voluntaria, de que ha de hacer solemne profesión, no puede proponerse modelo más perfecto que el mismo Jesucristo, quien, ocultando la pompa de la Majestad desde la cuna hasta el sepulcro, bajo las condiciones de siervo, (5) anonada su grandeza contra el espíritu del mundo, nace entre las ruinas de una cueva, sin otro aparato que un pesebre, vive sujeto á las penalidades de pobre, y muere desnudo en una Cruz, para darnos ejemplo de humillación y abatimiento.

¡Ah! ¡Si en el dulce silencio de sus santas meditaciones, lograrse V. ennoblecer los sentimientos del es-

[1.] 1. Petr. 2. 9, ad Colos.

[2.] Luc. 16. 10.

[3.] Math. 25. 21.

[4.] Luc. 6. 38.

[5.] Ad Philip. 2. 7.

píritu, con la memoria de tantas Religiosas justas que en el mismo dichoso suelo en que V. se postra, aprendieron á ser pobres, según las máximas de Jesucristo! O hacer que despertando sus cenizas del profundo sueño en que reposan, la confirmasen el propósito de la verdadera Pobreza. ¡Con qué persuaciones de tanta Majestad y solidez apoyarían á V. la probidad de este designio!

Entonces vería V. que la Pobreza de espíritu no consiste en preferir las espinas floridas del claustro á las flores espinosas del siglo, ni en renunciar las comodidades con que halaga, por la Cruz que se abraza en la clausura; sino en arrancar del corazón esos que llaman bienes en la tierra, sin que quede en su fondo el menor apego, afición ó deseo de disfrutarlos. (1)

Ni menos se gradúa el carácter de esta Pobreza por la abundancia de los bienes que se dejan; (2) pues los que renunciaron los Apóstoles no pasaron de unas barcas, unos anzuelos, unas redes; pero como lo espontáneo de aquel deshacimiento valorizó la renuncia, alegaron confiados al Señor que todo lo habían dejado por seguirlo; (3) y con razón, según el Padre San Gregorio; porque mucho deja quien no se queda con nada, y no solamente deja lo que tiene, sino también el conato y anhelo de tener. (4)

De que deberá V. deducir, que, si para seguir á Jesucristo, se ha de incluir en la renuncia de los bienes, aunque sean pocos, la de la ansia y solicitud de poseerlos; estando V. destinada á la negación aun de sí misma, no cumpliría en manera alguna con el voto solemne de Pobreza, si después de haber dejado sus bienes en el siglo, arrastra su atención uno ú otro utensilio de Convento.

[1.] Div. Aug. in Epist. ad Paul.

[2.] Idem. in Epist. 89. ad Hilar.

[3.] Math. 19. 28.

[4.] Hom. 5.

Basta lo expuesto, para que forme V. una mediana idea de la Pobreza religiosa conforme al espíritu de Jesucristo, y, sin que perdamos de vista en el Señor el diseño más admirable de las Vírgenes, pasemos á examinar el estado de Castidad, que es el segundo consejo del Evangelio.

Como la Concepción temporal del Verbo no podía menos que efectuarse á esmeros de la mayor pureza, para vestir la carne de Adán eligió por Madre á una Castísima Doncella, y pasó el tiempo de la infancia á la sombra de un Custodio virgen, porque ambos consortes le substituyesen en la tierra, con la pureza de sus costumbres, la asistencia y obsequio de los Angeles. (1)

Así nos da á entender Jesucristo lo agradable que es á sus ojos la virtud de la Castidad, persuadiéndolo con la santidad de su doctrina y honestidad de sus ejemplos, y testimoniándolo después de resucitado por medio del desposorio que celebró con la Iglesia, de quien debemos aprender pureza y castidad todos sus miembros.

Vasos de barro son nuestros cuerpos, que, á pesar de las rebeliones de la carne, estamos obligados á poseer en santidad y honor (2) para que ungidos con el bálsamo de la castidad respiren una fragancia permanente que se concilie veneraciones. (3)

Ello es, Señora mía, que la lid es sangrienta, y los avances peligrosos, por lo débil y corrompido de la carne; pero debe animarnos á emprender una conquista tan gloriosa, el que, en medio de la arduidad de la batalla, parece corto el campo de la Iglesia para solemnizar los triunfos, según se han agolpado los laureles.

Por manera que ya se necesita ampliar el recinto de

[1] Div. Hier., Epist. 22.
[2] Ad. Thes. 4. 4.
[3] Div. Bern., Epist. 42.

los claustros consagrados al Dios y Señor de las Virtudes para depósito de tantos moradores inocentes que viven en espíritu como si no los aprisionase la carne, (1) macerándola con penitencias para conservar la castidad sin menoscabo y disputar gozosos su preeminencia con los Ángeles, porque si éstos brillan con la prerrogativa de una pureza más dichosa, es sin la gloria del combate, y aquellos esmaltan su diadema con la sangre que riega la batalla. (2)

Si atendemos á otros jardines, cultivados igualmente por el Señor, hallaremos no menos copia de pimpollos disciplinados, que, aunque reciben el sér de la tierra, se reconocen deudores á las beneficencias del cielo, pues en el silencio de aquel espinoso vallado las deja caer el rocío de lágrimas y sangre con que se mantienen floridos en el huerto cerrado de la Iglesia, (3) haciendo número en aquel escuadrón de Vírgenes que vió San Juan en Sión en seguimiento del Cordeiro. (4)

Estas son las Esposas de su predilección, pues al ver en el altar sagrado el sacrificio oloroso de la Virginitad que le dedican, sin permitir que la empañe el aliento impuro del deleite, las conduce de la mano hasta el collado del incienso y transforma en espejo limpísimo, en que mirando sus perfecciones complacido, las imprime su semejanza, (5) las acerca al tálamo florido, donde las halaga con ósculos suavísimos de paz, y rompiendo los diques á las fuentes de los vergeles deliciosos, fertiliza con sus caudales la pureza, por ser flor que tanto hermosea las costumbres. (6)

Infiera V. de los rasgos á que he ceñido el bosquejo

[1.] Ad. Rom. 8. 9.
[2.] Div. Bern., Epist. cit.
[3.] Cant. 4. 12. V. Div. Bern. lib. I de Virgin.
[4.] Apoc. 14. 1.
[5.] Div. Bas., de Virgin.
[6.] Tertul., de Pudic.

de la Castidad, los tamaños de esta virtud, y entre tanto que V. reitera los propósitos de consagrarse á Dios con este voto, consideremos al Señor como ejemplo perfecto de la obediencia más sumisa.

Las puertas del cielo y de la gracia, que por la violación de un precepto se cerraron al primer hombre y á su infeliz posteridad, por la obediencia de Jesucristo se le abrieron. (1) Fué tan puntual en cumplir la voluntad del Padre, desde que salió á ver la luz del mundo, que á los ocho días de nacido obró aquel grande misterio de humillación, que fué el signo primario del rescate de Adán, la consumación de los antiguos ritos y el sello con que se marcó el Nuevo Testamento. (2)

Por medio de aquella ceremonia con que el Señor quiso distinguir á su pueblo de las demás naciones, en testimonio de su alianza, manifestó visiblemente su descendencia del ilustre linaje de Abraham, diferenciándose con el carácter destinado á la prosapia de que estaba prometido el Mesías.

¡Que seamos tan débiles, que no podamos agitar las alas del espíritu hasta encumbrarnos á la consolación inexplicable de meditar la grandeza del Eterno y la plenitud de su sér reducida á tiempo limitado! ¡Compendiada la inmensidad de Dios en el cuerpecito de un infante! ¡Y explicado el precio infinito de su Sangre en las gotas que hace derramar el cuchillo! ¡Ah, cómo adoraríamos entonces la Humanidad de Jesucristo, manifestando en aquel acto el mérito de su obediencia! ¡De aquella obediencia que había de mostrar hasta la muerte; por la cual se exaltó, y se le dió un nombre sobre todo nombre adorable! (3)

¡Cómo las personas constituidas en religión con la meditación de este misterio procurarían valorizar la

[1.] Ad. Rom. 5. 19.

[2.] Luc. 2. 21.

[3.] Ad Phil. 2. 9.

obediencia que han profesado, como el más esencial de los tres votos! Sí, hermana mía, porque sepultar en el claustro con un desinterés animoso las riquezas del siglo, es ofrecer á Dios la hacienda, deprimir con el rigor de la penitencia los asaltos de la carne; es sacrificar el cuerpo; pero doblar con resignación la cerviz al yugo de los preceptos; es consagrar la propia voluntad, y, quebrantada la obediencia, no son aceptables otras víctimas. (1)

Manda Dios á Saúl destruya á todos los habitantes de Amalec, sin que quede con vida hombre, mujer, párvulo, buey, camello, ni otro animal alguno; y escoge Saúl la mejor porción de ganado para ofrecerla á Dios en sacrificio. ¿Se agradaría, por ventura, el Señor de aquel comedimiento de Saúl? No por cierto. ¿Pues no cedía la ofrenda en obsequio de la majestad inefable? Con todo, no llenó Saúl como debió el tenor expreso del mandato; desobedeció lo literal y terminante del precepto; y adonde no hay obediencia cumplida, están por demás los holocaustos. Así se lo intimó Samuel. (2)

Con que vea V. con cuanta razón deberá puntualizar la ejecución de los preceptos de Dios, quien ha hecho voto de obedecer su voz en los Prelados. Sí, hermana mía, la obediencia en toda persona religiosa ha de ser ciega para acreditarse de exacta; de modo que sus ojos no tengan vista con que examinar los requisitos del mandato, sino llenarlo simplemente.

Luego que se convierte San Pablo, y hace el cielo que al golpe de sus luces, resuene la voz de aquel auxilio, pregunta á Dios lleno de espanto: ¿Qué quería su Majestad hiciese? Y le responde el Señor en estos términos. «Entra en la ciudad y allí te dirán lo que conviene hacer.» Entra efectivamente en

[1.] I. Reg. 15. 22.

[2.] I. Reg. cap. cit.

ella, y sin embargo de tener abiertos los ojos, no ve nada, necesitando de ajena guía que lo conduzca. (1)

He aquí un modelo especial de Religioso que aspira á perfeccionar su obediencia, después que, herido el corazón al toque de los consejos de Dios, y deseoso de hacer su voluntad, oye la voz conque le manda entrar en la clausura adonde le dirán los superiores lo que ha de hacer para agradarle. En ella, pues, debe prestar una obediencia tan ciega, que aun teniendo abiertos los ojos, no ha de inspeccionar las condiciones del mandato, sino asirse de la mano del mismo que lo intima para que lo conduzca á obedecerlo. (2)

A este fin ha llamado á V. aquel Dios de dulzura á la soledad santa que habita. (3) Con este prospecto la ha inspirado dejar en el siglo unas preocupaciones lisonjeras, de que habiendo apartado los ojos, con resolución tan heroica, debe mantenerlos sin vista en la clausura, para obedecer ciegamente.

A este intento, usando el Señor de misericordia con V. según la equidad impenetrable de sus juicios, le ha colmado el corazón de regocijo al verse protegida de su diestra contra los estorbos que la ponía el mundo para salir de sus tinieblas y entrar en los caminos de la paz. (4)

Este Dios de consolación es el amado, por quien suspiraba la Esposa en la triste noche de su ausencia. (5) Y éste, á quien dirige V. sus gemidos, aun antes de amanecer con firme esperanza en sus promesas, levantándose temprano á meditar en su Ley. (6)

Ea, que no se dilata el felicísimo día en que dé V. todo el lleno á las ansias con que vive de verificar su

[1.] Act. Apost. 9.

[2.] Div. Bern Serm. I. in convers. Div. Paul.

[3.] Ps. 54. 6.

[4.] I. Reg. 2. l. 2.

[5.] Cant. I.

[6.] Ps. 118. 145. 146.

profesión en esa escuela de virtudes y unirse con Jesucristo por medio del despesorio espiritual.

Ya, ya se acercan los instantes de propiciación tan suspirados, en que los brazos del Esposo hacen indisoluble la alianza. Ya se oye el rumor agradable de los candados que se mueven para abrirse las puertas de los jardines santos, por donde corren las almas escogidas tras el olor de los unguentos. (1)

No hay que desmayar en los momentos que restan para el logro de tantos bienes como esperan á V. en la celebridad de estas nupcias; sino que agitada de los sentimientos más nobles, repita tiernos y amorosos requiebros al Esposo, mayormente cuando le reciba Sacramentado, á fin de que selle la intimidad de tanta unión con las dulzuras de su tálamo, y deba yo á V., en pago de los afanes con que he tejido este discurso, un recuerdo piadoso á tiempo de inundarla con sus bendiciones el cielo.

LA ABEJA EN EL PRADO.

Flosculi Apem mulcent, volitans dum circumit Hortum :
¿Num mage melle placens? ¿An mage odore juvant?

Ronda la abeja puntual
por el ameno pensil,
sacando de flores mil
el néctar de su panal.

Y cuando con ansia tal
registra todo el vergel,
duda, al gustar del clavel
la fragancia y el sabor,
si la empalaga el olor
ó la perfuma la miel.

[1] Cantic. 1. 4.

DESCRÍBESE UN CELOSO, HABLANDO CON
UN AMIGO SUYO QUE DESEA SABER
EL MOTIVO DE SU PASIÓN.

¿No has visto en selva frondosa
yedra que se enlaza erguida
por dar al ciprés la vida
con su estrechez amorosa?

¿Y qué cuando veleidosa
en otros enredos piensa,
vé el ciprés en recompensa
que aquel favor que gozaba
de ser caricia no acaba
cuando pasa á ser ofensa?

¿No has visto flor que galana,
á soplos del viento cruel,
en los brazos del clavel
mece la pompa de grana?

¿Y que en la misma mañana
que el Tulipán la enajena,
se ve en la expresión serena
de su anterior alborozo
que no acaba de ser gozo
cuando se transforma en pena?

¿No has visto en árbol sombrío
cantar alegre al jilguero
porque no creyó primero
de la calandria el desvío?

¿Y que al ver el nido frío
lamenta desaire tanto,
advirtiéndole que su canto
pára en dolor tan aprisa

que no acaba de ser risa
cuando se convierte en llanto?

¿No has visto al mudo arroyuelo
que, corriendo hacia la orilla,
con la clara fuentecilla
une sus labios de hielo?

¿Y que cuando aquel anhelo
piensa que sería fructuoso,
se rinde á río caudaloso
porque con él opulenta
quiere ser? Pues haz de cuenta
que ya me viste celoso.

Porque traición semejante
de una ingrata lisonjera
llorando estoy ¡Quién creyera
ser su caricia inconstantel

Pues persuadiendo que amante
en mí tenía su interés,
fué la yedra que, después
de que en sus brazos me vió,
por los de un tronco cambió
los halagos del ciprés.

Fué la flor, cuyo follaje
sostuve yo, con intento
de que no tuviese el viento
la vanidad de su ultraje.
Y cuando el mismo ropaje
hacía me recrease en él,
preció de flor tan infiel
que con repentino afán
dejó por un tulipán
el regazo del clavel.

Fué la calandria, que al ruido
de árboles, troncos y plantas,
para cantinelas tantas
tuvo como orquesta el nido.

Y cuando yo divertido

respondí en silbo parlero,
con el desdén más grosero
sin acabar la obertura,
cambió por otra dulzura
la música del jilguero.

La fuente fué, que con frío
altanero humor corrió,
y el afecto despreció
del arroyo por el río.
Bien es que al ejemplo mío
el hombre incauto escarmiente,
pues ha visto tan patente
que la mujer más amante
viene á ser, en lo inconstante,
Yedra, Flor, Calandria y Fuente.

ANASTASIO DE OCHOA

Anastasio María de Ochoa y Acuña nació en Huichapan, departamento de México (hoy Estado de Hidalgo), el 27 de Abril de 1783. Sus padres fueron D. Ignacio Alejandro de Ochoa y doña Ursula Sotero de Acuña, españoles ambos.

Aprendió latín en México, en el *estudio* del Dr. Juan Picazo; en el colegio de San Ildefonso cursó filosofía, mediante una beca, pues su situación pecuniaria era estrecha; y hacia 1803 pasó á estudiar cánones en la Universidad, ganándose la vida como *maestro de aposentos* en el plantel de Picazo y luego como escribiente en el Juzgado de Capellanías.

En 1806 comenzó á publicar versos en el *Diario de México*, bajo los pseudónimos de *Atanasio de Achosó y Ucaña* (con diversas variantes) y *El Tuerto*. Desde 1808 formó parte de la *Arcadia* de México, con el nombre de *Damón*, que después cambió por el de *Astasio*. Nunca firmó *Antimio*, como erróneamente dicen algunas de sus biografías. En 1816 obtuvo un premio y dos accésits en un certamen para honrar á los Jesuítas.

Entró en 1813 al Seminario Conciliar de México, y se ordenó presbítero en 1816. Al año siguiente se encargó del curato de la Divina Pastora de Querétaro; lo desempeñó un mes, pasando en seguida como cura interino al Pueblito, y, un año después, á la parroquia del Espíritu Santo, en la misma ciudad de Querétaro. De 1820 á 1827 desempeñó en propiedad ese cargo. Por motivos de salud abandonó Querétaro y se trasladó, en 1828, á México, donde se ocupó solamente en trabajos literarios. Aquí murió, durante una epidemia de cólera, el 4 de Agosto de 1833.

Fué Ochoa fecundísimo; escribió y tradujo muchas obras, de las